

Intervención de Pablo Casado

Reunión de la Junta Directiva Nacional del PP en
Barcelona

08 de septiembre de 2018



Protocolo, agradecimientos y saludos.

Muchas gracias,

Gracias por venir a esta Junta Directiva Nacional, la primera después del Congreso Nacional que tuvimos hace apenas dos meses y una vez más, nos reunimos el máximo órgano después de que lo hiciera el Comité Ejecutivo Nacional en Barcelona, en una ciudad de concordia y, sobre todo, para apoyar también a un PP de Cataluña que ahora mismo es el mascarón de proa en la defensa del constitucionalismo y en la defensa de las libertades y de la dignidad de toda Cataluña.

Hoy podría hacer una intervención hablando de los incumplimientos del Gobierno, de los bandazos que han dado en 100 días, de lo que decían sobre inmigración, lo que nos llamaron y lo que acabaron haciendo, de lo que querían hacer con los impuestos, de lo que rectificaron, lo que han vuelto a decir, y ya ahí nos hemos perdido. Podríamos hablar también de que proyecto están proponiendo para la educación concertada, pero lo haremos el próximo jueves en el Congreso con sus representantes. Podríamos hablar también de cómo ha vapuleado la independencia del legislativo, pero ya lo hicimos, y lo haremos otra vez el martes ante los representantes del Senado. Podríamos hablar de cómo querían entrar por la batera en el Congreso de los Diputados, pero ya lo dijo su presidenta y lo dijimos también el pasado jueves en el GPP del Congreso donde dijimos que precisamente es allí donde tiene que dirimirse el debate con los presidentes autonómicos según el reglamento.

Podríamos hablar también de su acercamiento de presos y de la manipulación que intentaron hacer asociaciones de víctimas, pero ya lo dijimos también en verano cuando tuvimos que responder ante el silencio de todo el mundo, a que no íbamos a estar de acuerdo con ello. Hasta podríamos también hablar del abandono que se ha hecho a la jurisdicción española en el exterior, pero también hablamos, la pasada semana, el lunes, con los representantes de los fiscales y los jueces a nivel nacional. Podríamos ser cronistas de la actualidad, pero es justo lo contrario que nos comprometimos a hacer en nuestro Congreso donde dijimos que

teníamos que anticipar la actualidad que tiene que haber en España, donde teníamos que decir lo que tenía que suceder y, sobre todo, los que teníamos que reivindicar que no podía suceder lo que está sucediendo.

En apenas 100 días, el Gobierno de Pedro Sánchez ha hecho el ridículo a nivel internacional, lo sabíamos ayer cuando nos preguntaban en Austria los representantes de algunos países qué estábamos proponiendo en materia tributaria, qué estábamos haciendo en materia de libertades y qué estábamos intentando proyectar a nivel internacional. También ha quedado claro que ha habido pactos vergonzantes debajo de la mesa, que la moción de censura no salía gratis, que había cuestiones que se tenían que cifrar en mensajes que nosotros al principio no entendíamos, pero que hemos empezado a comprender. Que una entrevista radiofónica por la mañana en la que se ofrecía, por ejemplo, una supuesta consulta de autogobierno, era un mensaje para que al día siguiente el señor Torra bajara la tensión en la Conferencia bien publicitada. Que esa apelación a que no es crispar ni atacar una frase, era la apelación, valga la redundancia, para que los independentistas bajaran la presión callejera en la celebración de los atentados de Barcelona y Cambrils. Pero como nosotros lo sabemos y como hemos contribuido a que todos los españoles lo sepan, vamos a intentar trazar aquí, en Barcelona, aquí en Cataluña, aquí en España, en una semana crucial sobre todo para ellos, porque nosotros no somos de reivindicar derrotas históricas como hacen ellos pero tampoco somos de reivindicar la historia reciente más negra de esta tierra, es verdad que esta semana en la que el 6 y el 7 hace un año, vivimos el mayor atropello a la posición democrática del Parlament de Cataluña en toda su historia y apenas unos días antes de que vivamos la mayor tergiversación de una Diada, de una fiesta supuestamente para toda la autonomía, en contra de más de la mitad de su propio pueblo, en esos días hoy tenemos que hablar claro, y hoy tenemos que hablar no solo para nosotros sino para nuestros hijos.

Hoy por ejemplo, coincide esta reunión, y por eso alguno de nuestros compañeros no ha podido venir, con el primer acto de la princesa de Asturias en público, es decir, con un símbolo de la continuidad dinástica constitucional y, por supuesto, democrática de la jefatura del Estado. Porque el Rey es símbolo de la unidad de España. El Rey es símbolo de la unidad de España. Y no solo es símbolo sino que es símbolo eficaz, aun careciendo de poder ejecutivo alguno. Por eso, quienes quieren la

desunión de España critican al Rey e insultan al Rey, ultrajan al Rey, ponen pancartas contra el Rey o intentar agredir al Rey.

Y por eso, quiero decir algo muy sencillo y además, sin gritar, sin exagerar; sin que tampoco me tenga que hacer nadie el coro a esto tan normal que voy a decir: y que simplemente, y sencillamente, sin levantar la voz es: Viva-el-Rey.

Me parece bueno que nos vayamos acostumbramos a algo muy sencillo, muy natural en otros países que tengan Rey, jefe del Estado, tengan Constitución, tengan himno, tengan historia, no solo con la solemnidad o el tono de los actos señalados, no solo con un grito fuerte propio de las ocasiones especiales, sino con la naturalidad de la voz civil, es decir, incorporándolo a una conversación de la calle o del bar.

Porque yo reivindico el Viva el Rey de la voz baja, sin esconderse pero sin exhibirse, el del mercado, de la oficina, el de la universidad, el que es el que nos falta. No el de gala, sino el del día a día, no el de fiesta sino el de andar por casa.

Porque cuando abrimos un hospital o abrimos un colegio estamos diciendo Viva el Rey.

Cuando pagamos las pensiones o pagamos un subsidio de desempleo, o abrimos diez kilómetros de AVE o de carreteras o un aeropuerto, decimos Viva el Rey;

Cuando nuestro sistema de trasplantes salva una vida, se abre una biblioteca, alguien cobra el paro o se atiende a un dependiente, también decimos en gran medida, Viva el Rey;

Cuando nuestro sistema de trasplantes salva una vida o cuando se atiende a un dependiente, también se dice Viva el Rey. O cuando las fuerzas de seguridad protegen frente a la violencia; cuando obtenemos justicia, cuando se restaura el espacio público que no solo es neutral, que es de todos, también se dice Viva el Rey;

Porque lo decimos cuando queremos decir, viva muchas cosas.

Cuando queremos proteger el pluralismo, cuando queremos defender nuestra convivencia, o nuestra cultura o nuestra Constitución o la verdadera democracia.

Todo esto decimos cuando vivimos como españoles de la Constitución nuestro día a día.

El Rey lo es porque los españoles, también los que son catalanes por supuesto, hemos querido que lo sea. Y lo es de esa España que declara su compromiso con la solidaridad entre territorios y entre generaciones, con el progreso y con la libertad.

El Rey es el Jefe de un Estado que se declara social y democrático de derecho. Del Estado de la Nación española.

Un Estado social y democrático de derecho cuya actualización nos hemos comprometido a debatir y aprobar en nuestra Convención Nacional que celebraremos el próximo mes de diciembre que coordinará Alberto Núñez Feijoo. Tampoco me voy a extender en esta Convención porque también hicimos en verano un acto monográfico para hablar de esta Convención. Porque pensamos, además, que la mejor forma de celebrar el 40 Aniversario de la Constitución, que también el jueves tenemos un acto para preparar sus actos, valga la redundancia, y su previsión de eventos, también se hace reivindicando nuestras instituciones y, sobre todo, poniendo en valor lo que nos ha traído hasta aquí en los 40 años de la mejor historia de nuestro país.

Decir Viva el Rey es la versión corta, breve, de un Viva al Rey muy largo que contuviera el nombre de todos y cada uno de los españoles. Por eso el Rey es nuestro símbolo y por eso debemos defenderlo. No por ser Rey sino por ser “nuestro” Rey, parte de nuestro poder constituido, parte de nuestra Constitución y nuestro poder constituyente.

Queridos amigos,

He querido comenzar diciendo esto porque todo nuestro proyecto descansa en la realidad de la nación española. Y porque para nosotros España no es solo un hecho histórico, sino también es un hecho moral.

España como realidad y como proyecto político no solo es algo distinto a esa nación sectaria y agresiva que vende el nacionalismo, sino que es superior. Porque es de todos, porque protege a todos y porque nos dignifica a todos.

Por eso insultan y nos agreden y agreden e insultan, hasta donde pueden o les dejan, nuestros símbolos nacionales. Por eso tratan de imponer su simbología represiva y totalitaria. Y por eso es fundamental que los que creemos en la igualdad y la libertad, digamos con claridad que no puede haber negociación ni cesión alguna, acerca de este principio ni con esta gente que intenta liquidarlo.

No hay moderación alguna en el hecho de no aplicar las leyes, de no hacer que todos cumplan todas las obligaciones que esas leyes les encomiendan, y que todos puedan ejercer libremente todos los derechos que igualmente la Constitución les consagra.

España no es el nombre de un problema. La Constitución y el Estado de derecho no son un problema. La vigencia y la aplicación de las leyes no son un obstáculo para la convivencia. Al contrario, son lo único que puede hacer posible esa convivencia.

Cataluña no tiene un problema con España. Solo algunos catalanes, una minoría sectaria, como ha quedado muy claro en las urnas, las de verdad, y como ha quedado muy claro en las calles, las del no silencio, han decidido que los demás catalanes les molestan, les sobran. Pero el verdadero problema son ellos, y el verdadero problema lo tienen ellos. Son ellos los que tienen que cambiar. No vamos a cambiar los demás. Pero sobre todo, no tenemos por qué, porque somos mejores y porque tenemos la razón democrática de nuestro lado.

Se pueden hacer todo tipo de complicados análisis políticos sobre Cataluña, pero eso nunca debe oscurecer lo elemental: una minoría violenta y contraria al Estado de derecho pretende expulsar a una mayoría pacífica de su tierra y privarla de sus derechos más elementales.

Sabemos muy bien que la verdadera historia de Cataluña no tiene nada que ver con la de los secesionistas. Pero es que ninguna cultura, ninguna historia, ninguna tradición merecería respeto en caso de que buscara la consecuencia del desprecio de los demás.

Por eso no podemos ceder espacios físicos ante los totalitarios. Y tampoco debemos cederles los espacios simbólicos. Y por eso no da igual la forma en que recuperamos los espacios públicos y los símbolos, porque por supuesto hay que recuperarlos, pero en base a las instituciones.

Lo que nos vincula como humanidad social es nuestra adhesión al Estado de Derecho como marco común de convivencia. Si perdemos esa identidad como constitucionalistas, si cedemos a las trampas y a los reclamos que nos desafían a dejar de confiar en las instituciones y abrazar el enfrentamiento directo, perderemos nuestra cohesión pero, sobre todo, perdemos nuestra razón de ser política y nuestra mayoría social.

Democracia es gobierno de leyes y de instituciones. Democracia es habilitación, pero también es límite. Democracia es poder y es no poder. Eso es lo que distingue a los demócratas de los que no lo son.

Yo quiero fortalecer la unidad de los demócratas. Que sea eficaz, que se mantenga mucho tiempo y que cada vez seamos más. Nuestra experiencia histórica, precisamente por ejemplo en el País Vasco, nos dice que esa unidad sólo puede producirse alrededor de la ley.

Nos dice, esa experiencia, que no avanzamos nada si dejamos de confiar en nuestras fuerzas de seguridad del Estado y en nuestras instituciones. O nos dice que avanzamos mucho cuando la sociedad civil respalda a sus instituciones, responde su confianza en que ellas han de ser quienes tutelen los derechos de todos. Eso es lo que nos diferencia, eso es lo que nos hace mejores y eso es lo que nos va a permitir ganar.

Porque un principio esencial de aquello en lo que creemos es que nadie debe pretender hacer la justicia por sí mismo.

Esta enseñanza nos la han legado durante muchos años las víctimas del terrorismo, y debemos hacer uso de ella ahora, en Cataluña.

No habríamos ganado nada irrumpiendo en una herriko taberna para enfrentarnos a quienes aplaudían a los asesinos. Elegimos bien, no caímos en provocaciones ni en sus engaños: nos manifestamos en favor de las instituciones, en la calle, salimos a conquistarlas para mostrar nuestra confianza precisamente en ellas, no para intentar hacer mal el trabajo que las instituciones están obligadas a hacer bien.

Lo hicimos así incluso cuando nos asesinaban. Lo hicimos y por eso no tenemos nada que demostrar sobre nuestra firmeza y sobre nuestro compromiso.

Por eso creo que nuestra propuesta para Cataluña debe ser recuperar la convivencia alrededor de las leyes y de la Constitución. Y somos nosotros los que tenemos que hacer eso y no los que nos movamos de nuestra posición.

El Partido Popular nunca ha tomado una decisión política en Cataluña buscando el rendimiento electoral fuera de Cataluña. Y no debemos hacerlo ahora por muchas elecciones que se puedan convocar de forma anticipada.

No podemos cometer errores, no podemos subestimar de fanatismo de nuestros adversarios, su decisión de llevar hasta el límite su deseo de destruir la convivencia, no podemos permitirnos que en un supuesto diálogo se establezca una equivalencia moral entre las partes, porque nunca la ha habido y nunca la va a haber.

Tampoco podemos fiar todo a una búsqueda de consenso que retrasaría y debilitaría operatividad jurídica y política de nuestra respuesta.

Hay una lección también para aprender de nuestra historia. La política democrática siempre ha demostrado que los grandes consensos se han forjado alrededor de una decisión política del centro-derecha, a la que luego se ha sumado la izquierda, al ver que los españoles la apoyaban mayoritariamente. Pero por ese orden, no esperar un consenso entre fuerzas políticas o un acuerdo en la calle para que nosotros lideráramos esta respuesta que es esencial y urgente.

Desde la Ley para la Reforma Política, esta ha sido una constante. El consenso con los partidos no puede condicionar el consenso con los españoles. El consenso político es siempre más fácil y más efectivo si va precedido por el liderazgo social.

Precisamente para recuperar nuestro liderazgo social debemos perder definitivamente el miedo al aislamiento social. Ese miedo nos debilita.

La última vez que el socialismo intentó aislarnos, en ese pacto del Tinell, ese cordón sanitario, ese el experimento terminó en una mayoría absoluta del PP y en la fragmentación y el hundimiento del PSOE. Los españo-

les nunca van a permitir un aislamiento del Partido Popular. Nunca lo han permitido.

Lo que quieren de nosotros es que seamos el gran partido moderado e institucional, pero decidido y valiente, que ha anclado a España en la modernidad y en el progreso. Y es a ellos, a los españoles, a los únicos a los que nos debemos.

En Cataluña, nuestra fortaleza moral es hacer cada día más visible la realidad de una fractura social deliberadamente creada por los secesionistas y solo por ellos. Una fractura social que divide a quienes respetan la ley de entre quienes no la respetan.

No hay dos bandos equivalentes y no podemos prestarnos nunca a participar en nada que se pueda utilizar para aparentar que hay dos bandos.

Unos que ponen y otros que quitan, unos que dicen una cosa, unos que dicen otra. La fuerza moral está de nuestro lado y tenemos que dignificarla.

Tenemos que devolver a los valientes defensores de la libertad en Cataluña pero también a todos los ciudadanos que han perdido la fe en política, esa confianza de nuestra utilidad institucional.

Tenemos que pasar de la denuncia al ejercicio eficaz del poder político para revertir de verdad el avance de los totalitarios

No quiero seguir hablando de ellos, ni quiero seguir hablando con ellos. Quiero que les ganemos y quiero que pierdan. Quiero que se haga realidad la Cataluña que a nosotros nos gusta y en la que ellos tendrán su sitio y sus derechos; y que retroceda la que les gusta a ellos, en la que no tenemos ni sitio ni derechos.

Quiero una Cataluña en la que los constitucionalistas volvamos a hacer política de verdad, en la que la mayoría social de la que somos parte empiece a ser una mayoría política a pleno rendimiento.

Hay una agenda reactiva, por detrás de los pasos que va dando la minoría secesionista. Eso hay que cambiarlo, y hay que cambiarlo ya.

A mi juicio, comienzan a darse objetivamente las circunstancias para la aplicar el precepto constitucional que restaure la legalidad en Cataluña.

Hay que recordar que solo el PP en el Senado es la fuerza política que garantiza la aprobación de un artículo 155 con la extensión y duración que considere, precisamente, nuestro propio partido.

No se puede seguir avanzando en una oferta de mutación constitucional encubierta como la que el PSOE sigue empeñado en hacer llegar a los separatistas, que ya han dicho que no les basta. Y ocultárselo a los españoles, que ya han dicho basta.

Hay que desarticular una amenaza real, cierta, constante y creciente a nuestra libertad. Solo el Partido Popular dispone de los instrumentos jurídicos y políticos necesarios para hacerlo.

Puede incluso haber aún algo peor que la fractura social que hoy existe en Cataluña. Peor que eso sería la disolución de los principios de la libertad en nombre de una supuesta convivencia de todos los españoles en un supuesto y falso apaciguamiento; y las amenazas y el chantaje de los totalitarios. Peor aún que la falta de libertad en Cataluña sería elevar los caprichos nacionalistas y las debilidades socialistas a principios de gobierno en toda España y además ocultos y sin ningún tipo de transparencia.

No debemos hacer frente solo a un proyecto de fractura en España, porque también tenemos que hacer frente a un proyecto de disolución de España. El primero lo patrocina el nacionalismo, el segundo lo patrocina la izquierda radical, con el PSOE liderándolo.

Frente al proyecto de romper España para nacionalistas y socialistas, el socialismo, una vez más, propone una transacción imposible destinada a que toda España acabe asumiendo los postulados nacionalistas, acabe por someterse a su voluntad.

La izquierda, de nuevo, se empeña en ofrecer lo que los españoles no vamos a ceder y lo que los secesionistas no piensan aceptar. Y en lugar de reconocer lo absurdo y lo peligroso de esta iniciativa, dice que esto que él hace es estar en un punto medio entre dos radicales, los naciona-

listas y supuestamente nosotros. Dice que somos demasiado constitucionalistas, demasiado españoles.

¿Qué significa que somos demasiado españoles?

¿Qué hay demasiada Constitución?

¿Demasiada ley?

¿Demasiada libertad?

¿Demasiado de Estado de Derecho?

¿Y qué es ser español a medias como ellos intentan recetar como placebo a la desintegración de nuestro país?

Yo digo no a la ruptura de España que quieren los nacionalistas. Y digo no a la disolución de España que pretenden los socialistas.

No hay nunca demasiado respeto a la ley, ni demasiada Constitución.

Lo que hay ya es un compromiso con nuestra libertad y con la del resto de los españoles.

No hay nunca demasiado compromiso con los valores de nuestro pacto de reconciliación nacional.

Nosotros no podemos proponer que se ponga Cataluña del revés, nunca propondremos que el miedo y el hostigamiento cambien de bando. No tenemos bando. Nos repugnan el miedo y el hostigamiento, y no lo queremos para nadie. Ni siquiera para ellos.

Pero no tenemos la menor intención de perder.

No se puede pretender pactar desde el gobierno del PSOE con los independentistas como si fuesen los legítimos representantes de toda la sociedad catalana, porque no lo son. Ellos mismos han renunciado a serlo.

Hay que hacer presente a la Cataluña real y sus deseos de formar parte plenamente de la nación española y de su futuro. Y de Europa. Esa es

nuestra tarea. Esa y la de convertir su voluntad política en acciones concretas que mejoren las cosas, que nos acerquen de verdad a lo que queremos que sea Cataluña.

El secesionismo no es el estado natural de Cataluña, oscurecido por malos catalanes o falsos catalanes que se oponen a lo que sería lógico. El secesionismo es una voluntad de exclusión contraria en todo a la verdadera historia de Cataluña. Es una elección aquí y ahora hecha por quienes podrían perfectamente elegir lo contrario, pero no quieren porque prefieren excluir y someter a incluir y convivir. Esto no lo vamos premiar.

La catalanidad no es eso. El catalanismo no es eso. Ser catalán es la forma de ser español de los ciudadanos de Cataluña.

Se ha llegado hasta aquí con el uso de la policía autonómica, de la educación y los medios de comunicación, de las "embajadas" y la acción exterior, con la subvención a organizaciones sociales, suprimiendo su autonomía. Comprándolas, literalmente.

No nos vamos a quedar mirando cómo el PSOE complica más el problema recuperando un Estatuto inconstitucional que llevaría a fragmentar el poder judicial y la hacienda pública española. No vamos a aceptar una relación confederal, ni bilateral.

No vamos a hacernos perdonar no se sabe qué ante quien está tratando de destruirnos como país.

Lo que hace el nacionalismo no tiene que ver con ningún recurso ni con nadie, lo que hace es una deriva totalitaria y con los intereses inconfesables de un socialismo que traspasó y, al parecer, está dispuesto a volver a traspasar todas las líneas rojas que marcan un mínimo sentido de Estado y de compromiso con España.

La España resultante de algo así sería irreconocible en lo pactado en 1978 y en lo que se ha manifestado en tantas calles de España, sus balcones y sobre todo sus urnas. Hay que afrontarlo decididamente.

Muchos catalanes y, desde luego, lo que yo represento en el PP, no queremos esa Cataluña confederal, de facto independiente a capricho y con

privilegios, sino que lo que queremos es que no se reduzca lo español a una organización burocrática y administrativa sin alma y sin nación.

No acepto ni aceptaré españoles de primera o de segunda, y menos aún españoles de tercera sometidos al delirio nacionalista. Hay Constitución y hay leyes, son legítimas y se van a cumplir, en Cataluña, en Madrid y en todas partes por igual.

Creo que va siendo hora de que dejemos las agendas reactivas y tomemos la iniciativa. Quien rompe voluntariamente la convivencia, no puede formar parte de un proyecto supuestamente de convivencia.

El autogobierno de los catalanes ya es completo. No debemos confundir los términos ni utilizar los que nos pueden equivocar. No se trata de conceder más o menos autogobierno a nadie.

Llevamos cuarenta años ya autogobernándonos, en los ayuntamientos, en autonomías, a nivel nacional, a nivel europeo.

Autogobierno no es sinónimo de autonomismo, ni siquiera de nacionalismo. Es lo contrario del despotismo y es una condición personal, no territorial.

No hay un autogobierno de Cataluña ni de España, sino de los españoles o de los catalanes, es decir, de personas con nombre y apellidos, con identidad personal que les confiere derechos y obligaciones que, eso sí, tiene que desarrollar un autogobierno pactado con todos.

En Cataluña solo falta la libertad que los nacionalistas roban a los que no lo son. Y darles a los nacionalistas más poder y más facilidades para que hagan más y mejor lo que ya hacen, es simplemente una traición a los demócratas catalanes.

Hay algo que el nacionalismo y el socialismo parecen no comprender: no hay, en ninguna parte, un derecho a decidir por otros; hay, en las democracias, un derecho a que no decidan por uno, que es precisamente lo que ellos quieren hacer.

Cataluña es mucho más que nacionalismo. Por eso el nacionalismo es esencialmente anti catalán. El nacionalismo actúa contra la libertad, y quien actúa contra la libertad actúa contra el autogobierno y contra los catalanes.

Votar solo es un acto democrático cuando se hace según las reglas y cuando sirve para hacer normas que se respeten. Algo que se hace con-

tra las normas y para imponer una voluntad particular nunca puede llamarse democracia.

El debate no es si se vota o no, el debate es si aceptamos que en nombre de la democracia se pueda destruir la misma democracia.

El derecho a decidir que no se van a cumplir las leyes que uno mismo ha aprobado no existe en ninguna parte.

Si no fuera por el marco jurídico e institucional que proporcionan la Constitución española, el Estatuto y los tratados europeos, el gobierno y la convivencia en Cataluña serían absolutamente imposibles. Y precisamente esas tres cosas son las que los nacionalistas quieren hacer desaparecer.

Por eso, más que nunca, vamos a oponernos y vamos a ganar.

Vamos a contar de manera ordenada y solvente un proyecto de altura y fortaleza para transformar Cataluña de verdad. Vamos a dar un horizonte y un camino a la Cataluña real. Queremos hacerlo de manera que el constitucionalismo no sea un juego de suma cero, sino que crezca y se consolide en términos absolutos.

Vamos a atrevernos a ser lo que los catalanes necesitan que seamos.

Empezamos hoy. Os necesito a todos. Sé que vais a estar.

Muchas gracias.